

Higinio Marín: “Identidad personal” 5 de noviembre 2014

¿Qué es la identidad personal?

Es una pregunta inabarcable, pero esto no quiere decir que no se pueda decir algo que sea útil, y que no requiera una especial preparación previa. La filosofía es pensar lo obvio. Y entre las primeras obviedades ésta: somos mamíferos, somos una especie emparentada con los homínidos. Por tanto somos un animal. Y esto significa ciertamente que somos un organismo viviente. Con frecuencia no extraemos todas las derivaciones que implica nuestra condición de organismo de una especie animal.

¿Qué significa que soy un organismo viviente? Soy este cuerpo vivo, que piensa, que habla, que ejerce sus operaciones vitales... Cuando estoy explicando esto a los alumnos les digo que somos un “bicho”. Lo segundo que hay que agregar inmediatamente es que somos un “bicho muy raro” y que si el resto de los animales tuvieran la suficiente conciencia y juicio como para considerarnos, probablemente nos repudiarían y dirían “ése no es un animal común y como los demás, es bastante raro”.

El cuerpo que soy.

Así que somos un organismo viviente, ciertamente, pero un organismo viviente muy singular, estrictamente hablando excepcional. La persona que yo soy es este cuerpo vivo que piensa, que habla, que se nutre, que cumple unas operaciones fisiológicas, un sistema metabólico, y por tanto yo no soy un espíritu translúcido e ingrávido que habita este cuerpo. Si yo fuera un espíritu ingrávido y ‘transparentoso’ -perdón por la expresión-, si fuera eso que se le escapa al Conde Orgaz en el cuadro del Greco, una especie de velito ingrávido, entonces no perteneceríamos a una especie ni a un linaje, vamos, por acabar pronto: mi madre no sería mi madre. Sería la madre de mi cuerpo, pero no siendo yo mi cuerpo, la maternidad no sería real. Este asunto se plantea al respecto de si María era Madre de Dios o no lo era, porque si el cuerpo es una residencia, el ático donde vive el alma, siendo el alma una cosa completamente distinta y siendo yo mi alma, y mi cuerpo más bien una mala posada (como se dice en un contexto espiritual y con un sentido particular pero que se puede convertir en un equívoco fuera de dicho contexto), esto es, si mi cuerpo es sólo una residencia temporal de mi alma, entonces yo no soy mi cuerpo. Y ocurre algo que a muchas corrientes de filosofía y de pensamiento, y a muchas corrientes culturales europeas les ha seducido, que es afirmar que el hombre es su alma o su conciencia o su *res cogitans*, no su cuerpo y por tanto, afirmar que el hombre es un ser espiritual que habita temporalmente un cuerpo.

Pero en esas circunstancias, la muerte es un hecho feliz, muy feliz ¿Por qué? Porque, por fin, nos quitan de encima esta mochila pesada del cuerpo, material, pesada y fisiológica que nos ha tenido doblegados y humillados durante toda la vida. Y entonces, por así decir, todos contentos porque la muerte es la liberación. Con la muerte vendríamos a ser lo que realmente somos.

En lo que estamos diciendo todos reconoceréis muchos aspectos que son verdaderos en su debido contexto y que las habéis oído en muchos escenarios más nobles que éstos. Pero como posición filosófica, el espiritualismo dualista es –en mi opinión- un enorme error de principio a fin, si de lo que estamos hablando es de una elucidación, de un esfuerzo racional por hacerse cargo de qué somos las personas. Es un enorme error difícilmente conciliable con el cristianismo, muy difícilmente, creo yo. Es una concepción del ser humano en la que buena parte de los contenidos más típicos y novedosamente cristianos se pierden de vista. La afirmación de que el hombre tiene una dimensión inmortal a la que habitualmente llamamos alma -y no vamos a dejar de

hacerlo-, no es una aportación del cristianismo a la historia de las ideas. Es una herencia común y universal, prácticamente unánime hasta finales del S. XIX en que ciertas élites europeas empiezan a descreer de esa idea y, hasta que en la mitad del S.XX buena parte de nuestra sociedad deja de creer masivamente en esa idea por primera vez en la historia del sapiens, desde que hay sapiens en el planeta.

Hasta esos momentos el conjunto de la humanidad que habitaba el planeta admitía alguna forma de pervivencia y que esa pervivencia tenía que ver con esa condición espiritual. El cristianismo por lo tanto cuando afirma que hay una pervivencia post mortem de las personas no está aportando nada novedoso, sino afirmando una creencia prácticamente universal. Lo que es completamente novedoso, lo que es, si se me permite, singularmente cristiano, es la afirmación de la resurrección de los cuerpos. Eso sí que es genuina y distintivamente cristiano y es muy revelador que dicha tesis sea lo particularmente cristiano porque el cristianismo en sentido estricto no promete la salvación de las almas, sino que la salvación se dirige a las personas. La salvación alcanza a las personas, no a sus almas inmortales. Santo Tomás se llega a plantear si la persona que yo soy, ¿es la persona que yo soy sin su cuerpo? Y la contestación es que no exactamente.

Y por eso, como la salvación tiene como beneficiario la persona que yo soy, la salvación requiere la resurrección de los cuerpos. La resurrección de los cuerpos es un asunto de fe, desde luego, increíble de otro modo, pero eso no significa que no sea razonable; su razonabilidad reside en que la persona no lo es según su propia naturaleza sin su cuerpo. Pero como la salvación de los cuerpos no es simultánea a la muerte, entonces plantea Santo Tomás la siguiente cuestión: y ¿Qué son los muertos que se han salvado en tanto que no está su cuerpo resucitado? Porque al respecto de Cristo y de la Virgen no hay dudas que son porque están con su cuerpo. Y “entre tanto”, entre que se mueren los justos y no se ha producido la salvación -si es que cabe hablar así-, ¿Qué pasa con los justos? ¿Quiénes son los justos? Se llega a plantear explícitamente ¿A quién rezamos cuando rezamos a San Pedro? La contestación: rezamos a san Pedro, porque morir en comunión con Cristo, morir en la Iglesia y en tanto que ésta es cuerpo de Cristo significa la salvación, es decir, la Iglesia misma es el soporte de la persona en tanto en cuanto es Cristo mismo. Morir formando parte de la Iglesia significa que el alma inmortal es la persona que es por los méritos de Cristo, valdría decir. Es Cristo y su Cuerpo el que soporta una persona que si no es así y en tanto que está solo con su alma estaría en precario (por eso la Eucaristía es “prenda de salvación”).

Así que si bien es verdad que el cristianismo sostiene que hay un alma inmortal, desde la filosofía –incluida la medieval, si yo no me equivoco- que desarrolla este punto, se dice que la persona que yo soy es un cuerpo viviente y por eso la muerte no es un hecho feliz, o mejor dicho, si la muerte tiene algo de hecho feliz no es en el orden natural. Más bien, dice Santo Tomás, es el mayor mal natural que cabe padecer. Lo que significa que mayor que la muerte sólo hay un mal: el pecado. Y por tanto es natural aborrecer la muerte, es natural tener la inclinación interior a temer la muerte. *Vita viventibus est esse*: la vida es el ser para los vivientes, decían los clásicos. Si la vida es el ser, morir es lo peor que nos podría pasar, salvo que cupiera una muerte más mortal, por así decir, que es lo que significa el pecado. Y si no, además, tampoco habría tenido mucho sentido que viniera Cristo, todo un Dios a salvarnos del pecado, ciertamente, pero también de la muerte.

Platón creía que el ser humano era su alma y el cuerpo una cárcel a la que el alma había venido después de cometer una falta y que en esta vida había que hacer méritos suficientes para liberarse de la cárcel corporal; y también que la filosofía era el

descubrimiento de esto y el encaminamiento hacia una muerte que fuera una liberación. Si uno cree que el hombre es su alma y que la muerte es su liberación, no necesitas un Dios Redentor, basta Platón y su filosofía. Desde luego que en la filosofía platónica hay mucha genialidad certera. Pero a este respecto, el mundo y el cuerpo, como el propio Platón manifiesta, son un conjunto de apariencias engañosas que hay que abandonar trascendiéndolas.

Hay un filósofo cristiano muy importante que es platónico y desarrolla estas ideas dentro del cristianismo y las convierte en dominantes durante no poco tiempo, es San Agustín. Y aunque San Agustín corrige muchos de los aspectos de Platón, no es ajeno, a mi juicio, a la matriz de las ideas que afirman que la perfección de lo cristiano implica un abandono de lo corpóreo y mundano; que la perfección de lo cristiano es un trascender abandonando el mundo del cuerpo y sus apariencias. Sin embargo esa tesis requiere matices muy decisivos, incluso en San Agustín está muy matizada y encontramos muchos argumentos en otras direcciones. Aunque, ciertamente, tampoco han faltado desarrollos de su visión filosófica que acentúan el dualismo platónico y tienen mucha influencia en los siglos de la cristiandad medieval e incluso un influjo muy posterior muy prolongado.

Cuando Santo Tomás se plantea por qué la resurrección de los muertos es razonable, dice que es razonable porque si no la salvación no alcanza a la persona; alcanzaría al alma de la persona, en la que ciertamente está el constitutivo formal de la persona; pero la persona humana no es un ángel y requiere su cuerpo para ser quien es en plenitud, porque si la persona humana estuviera salvada y suficientemente cumplida con su dimensión espiritual -que es la del alma-, ¿en qué se diferenciaría de un ángel? Un ser humano sería un ángel caído durante el tiempo de su estancia terrenal. Más todavía: el hombre se parece más a Dios con su cuerpo que sin él. La cercanía moral del hombre a Dios requiere, ciertamente, espiritualizar el cuerpo y el mundo, pero la semejanza del hombre con Dios no se logra descarnando la persona. Esto, a mi juicio, es muy importante.

No es antropológicamente comprensible el desprecio del propio cuerpo. No digo que no haya espiritualidades que desarrollen esto, pero la persona que yo soy – perdonadme que lo diga así- es este “cuerpo viviente”. No se pueden tener concepciones espiritualistas de la persona y creer que hay algo así como un duende transparente dentro de mi cuerpo. Eso no existe; que cuando mi cuerpo se muere, la persona que yo soy se muere y hacen muy bien en llorarme por inmortal que sea mi alma. Y espero que me lloren. ¿Por qué? Porque la muerte es un cataclismo natural y sólo entendiendo que la muerte es un cataclismo natural, se entiende al mismo tiempo, la profundidad sobrenatural de la Resurrección del Señor. La muerte es el peor de los desastres (naturales). Le tenemos miedo a la muerte como el resto de los vivientes corpóreos, pero en nuestro caso ese miedo puede adoptar la forma natural del aborrecimiento porque la muerte es lo peor que nos puede pasar. Yo soy mi cuerpo viviente, y no sólo eso: si nos han de salvar no pueden hacerlo sin nuestros cuerpos. Y si hay algo así como un destino al que podamos llamar el lugar de la salvación, llamémosle cielo, allí en unas condiciones que nos resultan completamente inexplicables porque son misteriosas, allí, están las personas con su cuerpo, como sabemos que están ya Cristo y su Madre. Si se me permite: se puede esperar con razón que corra por allí esa sueva brisa de la que hablan los textos.

Identidad e intimidad corpórea.

Entonces, ¿Quién soy yo? Yo soy este cuerpo. Voy a decir una cosa muy impropia. Desde luego que hay personas que creen que lo que haces con su cuerpo no

se lo haces a él: es el puritanismo espiritualista más extremo que cree que el cuerpo es una cáscara fisiológica; y otro tipo son las personas que comercian con su cuerpo y que afirman que lo que se hace con su cuerpo no se hace con ellas. Son platónicas: creen que lo que ocurre a su cuerpo en el tráfico y el comercio, no les alcanza ¡Como los puritanos! ¿Por qué? Porque si no se afirma que soy este cuerpo viviente, el pudor no tiene sentido pues en el cuerpo no hay intimidad personal y, por tanto, bien se puede vender promiscuamente o despreciar puritanamente.

El pudor tiene sentido si mi corporalidad es intimidad personal, y si en mi cuerpo soy accesible y, por tanto, vulnerable personalmente. El sentimiento del pudor -que es espontáneo y natural en los niños mucho antes de que les hayamos inoculado nuestras ideas reaccionarias y ultraconservadoras- solo es posible si me experimento personalmente vulnerable en mi cuerpo. Cuando eso ocurre se acaba de abrir la autoconciencia de la corporalidad como la dimensión física de la intimidad personal. Pero si soy vulnerable es porque soy accesible, por así decir, y por tanto soy comunicable como intimidad en mi cuerpo: he ahí la sexualidad humana, la única en la que comparece la intimidad porque el cuerpo humano es el único entre los cuerpos que es persona.

Saben de sobra que muchos en nuestros días acusan a la Iglesia de estar obsesionada con el cuerpo y la sexualidad. Claro, les parece una obsesión, pero desde el punto de vista de la tradición de la Iglesia significa que el cuerpo viviente es la persona, y la sexualidad es la forma de comunicación de esa intimidad, Y por eso, lo que le hacen al cuerpo se lo hacen a una persona. Como, por cierto, no duda ninguna de las víctimas de violencia física. Nadie duda de que lo que se le hace a su cuerpo, lo padece él.

Pero nuestro cuerpo no es cualquier cuerpo, el nuestro es el resultado de una historia que empieza con los primeros habitantes sapiens del planeta. La mayor parte de los investigadores de la historia de la especie humana coinciden en que el conjunto de los seres humanos procede, con una probabilidad altísima, de una sola hembra: la llamada Eva mitocondrial. Además parece ser que era negra y africana.

Pensar en la naturaleza genealógica –en el linaje singular- del hombre deja ver que vuestro cuerpo no es cualquier cuerpo; es el cuerpo que es el resultado de la suma de unos patrimonios genéticos, que son a su vez el resultado de cada una de las relaciones sexuales que concibieron a cada uno de vuestros ascendientes hasta los primeros pobladores del mundo. Cada uno de vuestros cuerpos es una historia que resume y contiene toda la historia genética de un linaje hasta los primeros pobladores del mundo. Si hay algún genetista que me corrija, pero hasta tal punto es así, que si cambiáramos uno, uno sólo de vuestros ascendientes, tan sólo uno... ¡Se acabó! Ya no seríamos nosotros. Nuestro cuerpo es, pues, una historia viviente. De acuerdo.

Ahora bien, de ahí no se puede concluir que somos solo cuerpo o solo es historia. La mayor parte de vosotros y yo tenemos hermanos. Y los hermanos tienen exactamente los mismos ascendientes desde nuestros padres hasta los primeros pobladores del mundo y...uno evidentemente no es por ello es el mismo que su hermano. Uno no solo es una historia sino una versión de esa historia que se ha hecho protagónica, y en ese protagonismo difieren los hermanos, incluso los genéticamente idénticos. Dejarme que lo pensemos así: tú cuentas una historia, que es la historia de un patrimonio genético, pero cuando terminas de contarla, resulta que eso se ha hecho vivo. Actúa por su cuenta, hace cosas, y muchos de ellos buscan otro 'patrimonio genético' con el que se combinan y empieza una historia otra vez desde el principio. Señores, somos linaje, somos humanidad en el sentido estricto, no somos simplemente un alma o simplemente un cuerpo, somos la humanidad viviéndose desde una posición

en un patrimonio que es también una historia genética. Y por eso cabe decir, y ahora se entenderá bien, que cuando dos se juntan en el lecho conyugal, con ellos se juntan sus muertos hasta los primeros pobladores del mundo. Y la expresión no es mía. La expresión es de Miguel Hernández, en un poema que se llama "Hijos de la luz y de la sombra" y que dice 'besándonos tú y yo en el hijo profundo se juntan nuestros muertos hasta los primeros pobladores del mundo'. Y por eso, porque la forma antropológica primaria y espontánea de la religión es la vinculación con nuestros muertos y nuestros ascendientes, por eso la sexualidad es naturalmente religiosa porque en el lecho, los vivos y los muertos se juntan.

Los ritos funerarios son natural, primitiva y espontáneamente religiosos porque es el modo en que los vivos se mantienen en relación con los muertos. Los ritos funerarios son la forma primera y antropológica de la religión pero en los ritos funerarios no se juntan los vivos, los muertos y los que están por nacer, que es lo que pasa en la unión sexual. Y por eso esta concepción de la persona, en la que la persona es su cuerpo y que es típica y característicamente cristiana, el énfasis en la dimensión corpórea de la condición personal es determinante para toda la concepción de la existencia, no sólo de la sexualidad, sino del conjunto de los aspectos que se siguen de la existencia humana, es decir, de la afectividad, de la inteligencia, de la capacidad humana de transformar el mundo, de las necesidades y sus satisfacciones. No somos un espíritu que tiene que pagar el peaje desgraciado de unas necesidades psicofísicas. No, eso lo afirman los dualistas o puritanos, los que creen que son un alma residente en un cuerpo manipulable o despreciable.

Ahora bien, somos un cuerpo y además un cuerpo que tienen una historia, y una historia que es un linaje y por eso somos lo que es nuestro cuerpo. Y eso ¿qué significa? Pues que somos nuestro género: que la masculinidad o la femineidad forman parte de mi intimidad e identidad personal. El género, salvo patologías, no es una imposición para nadie (tal vez algunos roles sociales lo sean) pero la masculinidad misma es más bien la modalidad de mi realización y expresión como persona para la experiencia común y no patológica. Y eso, en una experiencia ordinaria de la propia corporalidad -que ya digo, que caben psicopatías- pero en una experiencia ordinaria significa que el género es constitutivo de la propia condición personal. No es un accidente secundario modificable, según el arbitrio; como no es un accidente secundario y modificable nuestra corporalidad porque es la corporalidad de un mamífero y los mamíferos no son hermafroditas. Se reproducen sexualmente mediante una diferenciación en el género que contiene el conjunto de las dimensiones personales. Para cada uno de nosotros la masculinidad o la femineidad son la versión con la que comparece lo humano, y con la que es posible nuestra realización personal. Más todavía, es la forma en la que -y mediante la cual- nuestra condición personal se desarrolla. Esa es la experiencia ordinaria y no se puede convertir la experiencia que se sigue de psicopatías en el patrón general; claro que para hacerlo se empieza por negar que sean patologías. Pero no hay nada de accidental en nuestro género. Nuestro género es un constitutivo nuclear de nuestra identidad personal. Nos decimos, nos sabemos y nos contamos como varón o mujer. Y cuando la identidad personal no se reconoce en la propia anatomía morfológica y funcional humana, tenemos una grave disfunción que es muy severa y que afecta muy nuclearmente a la estructura de la personalidad del sujeto.

La historia que soy.

Somos un cuerpo que es una historia que se hace capaz de protagonizarse, pero precisamente por eso, en un sentido secundario, somos una historia. Si a alguien le

preguntan Tú ¿Quién eres? Los antiguos, recogiendo esto que yo acabo de contar, dirían: yo soy fulatino, hijo de fulatino, y de fulanito, de fulanito... dos de los Evangelios empiezan contando la genealogía de Cristo. Cuando yo era estudiante universitario y volvía a mi pueblo y me mandaban a hacer recados a ultramarinos donde estaban las señoras del pueblo, me preguntaban (en murciano): "Zagalico, tu ¿de quién eres?". Estaban esperando que les dijera quien era mi padre, y mi abuelo... La historia que nos cuenta quienes somos, la historia de las civilizaciones: una genealogía. Y por eso, las relaciones entre los hombres y dioses se establecían entre linajes, tribus, y naciones.... Porque en el mundo antiguo el sujeto es el linaje; yo soy mi linaje, valdría decir. Y por eso la promesa se hace a Abraham en y para su linaje, los hijos de Abrahán, de Isaac y de Jacob. El cristianismo en este punto sostiene la estructura basal genealógica de la identidad personal; pero sobre esa dimensión basal genealógica erige una nueva: el sujeto que comparece en el juicio no son los linajes, sino la persona singular. Esto es crucial porque a partir de este momento, la identidad personal, la historia que tengo que contar para contar quién soy, no es fundamental y exclusivamente la historia de mi linaje, sino mi biografía.

La historia deja de ser genealógica y se convierte en biográfica. O dicho de otra manera, la historia que responde a la pregunta ¿Quién soy yo? Tiene una consistencia más primordialmente biográfica que genealógica. El hombre tiene un origen –su linaje, incluso la especie y sus antecesores- pero de algún modo también es *original* respecto de ese origen, por eso es persona. Es decisivo. Nuestro mundo está configurado a partir de ese giro. Lo de ¿"quién peco, ella o sus padres?", no era tan raro. De hecho, los cristianos creían en parte lo mismo que los judíos: los méritos y las culpas se trasladan sin defecto entre las generaciones; y el cristianismo afirma que hay una dimensión de eso pero la restringe, por así decir: hay una estructura basal que es genealógica, y a eso se corresponde el pecado original pero el destino se dirige en el ámbito de los propios actos.

En resumen, si preguntamos ¿quiénes somos? Para responder lo que hacemos es contar una historia. La historia es una historia llena de cosas sucedidas o que van a suceder. Nuestra identidad se expresa y se busca narrativamente. Por eso las facultades psíquicas de la identidad personal son la memoria y la imaginación, con las que retengo lo sucedido y prefiguro lo que va a suceder con la forma de proyecto. Como para sabernos tenemos que contarnos esa historia, perpetua y constantemente, en la primera ocasión que tenemos y que el de al lado se distrae, le contamos nuestra vida, porque para saber quién somos necesitamos decirlo. Nadie sabe quién es sin contarse. Y la palabra contarse en castellano es muy afortunada, porque puede referirse a contar algo, o también a contar las cosas como hacen los niños que cuentan las cosas porque contarlas es (re)tenerlas. Si no lo pueden contar, no lo tienen y eso es exactamente lo que le pasa a la gente que olvida su existencia: la amnesia. Le preguntas a alguien con amnesia ¿quién es? Y no lo sabe. Más todavía: el sufrimiento psíquico de la amnesia consiste en no saber quién eres. No poder contar la historia que soy. Yo tengo que poder contar la historia que soy para ser yo. Hay una novela de Isabel Allende que escribió mientras estuvo en España y tuvo una hija en coma, y ella le acompañaba y le velaba, y pensaba que si su hija se despertaba y no recordaba, ella le podría dar la historia que sabía de ella. No sabemos quién somos si no lo contamos. Para saberlo hay que contarlos.

Así que otra vez y en otro nivel nos hemos encontrado que somos una historia, una historia que protagonizamos, pero una historia y esto plantea una cuestión capital que los contemporáneos no pensamos -pero que todos los hombres de todos los tiempos han pensado y lo han pensado dubitativamente-, pero esta historia que yo soy

¿Quién la escribe? ¿Está escrita antes de que yo la viva? Mayoritariamente los hombres han pensado que estaba escrita y que por eso podían leerla en las entrañas de aves sagradas, en las constelaciones celestes, en la voluntad de los dioses, en los augurios. Hoy día muchos sujetos dicen que está escrita en el código genético y dicen que han descubierto el gen de la violencia y que cuando consigan modificarlo desaparecerá la violencia de la historia de la especie humana, y no sé cuántas cosas más. Eso que la humanidad ha llamado alguna vez libertad está fuera de muchas consideraciones.

Pero el caso es que si somos historia, hay que preguntarse ¿Quién es el autor? Y se puede pensar que si el autor es otro, entonces uno no es más que un mero actor; y si la vida es destino, me da igual que lo escriban los dioses del Olimpo o un Dios omnipotente y omnisciente, o el código genético o las combinaciones de los elementos de la tabla periódica en un proceso complejo y evolutivo de la especie. Me da igual. Entonces el ser humano es un mero actor de un guion que él no ha escrito. No hace más que representar una existencia y no hay nada de libertad que no es más que aparente. En esa tesitura puede prevalecer la idea moderna de la libertad y por tanto, la idea de que es necesario convertirse en autor de la propia existencia tanto cuanto sea posible y, si fuera posible, dueño total de la propia existencia, y entonces uno lo puede intentar y afirmarlo con la suficiente convicción y pensar que se está en el camino de conseguirlo, de modo que como dirá Nietzsche “Dios ha muerto”; es decir todos los supuestos autores de la historia que soy y que me reducían a la condición de mero actor han muerto porque he entrado en posesión libre de mí mismo.

¿Por qué? Porque desde esta visión Dios es el que nos puede disputar la condición de autor de la historia que somos y, si cabe una libertad absoluta, una voluntad de poder eficaz por la que yo me constituyo en autor de mi existencia, entonces Dios ha muerto. Así cada vez que rescato una dimensión de mi existencia que antes formaba parte del destino y ahora pasa a formar parte de mi libre determinación, yo conquisto una nueva dimensión de la realidad humana para la libertad. Y si es así, entonces, por ejemplo, como los transexuales aparecen como vanguardia de la libertad humana porque ellos son los primeros que plantean que la sexualidad -que antes formaba parte de la destinación genética de un individuo- tiene que dejar de formar parte del guion que yo no escribo de mi vida, y tiene que pasar a formar parte del guion que yo escribo. Por tanto, que yo elija ser autor de mi vida significa que yo colonizo libremente mi género. Esa colonización libre del género es la emancipación –ideología- de género.

Ahora resulta que los que creíamos que estaban enfermos, son más bien la avanzadilla libertaria humana. La libertad es perversión y el escándalo es su epifanía: están emancipando a la humanidad, mientras que el resto no somos más que adocenados burgueses que nos conformamos con estándares convencionales de nuestra condición masculina o femenina. Habría que levantarnos la tapa de nuestros prejuicios para que entrara el aire de la libertad nueva, el aire de las mujeres y los hombres que eligen su condición corpórea y si no eso, que tampoco hay que ser demasiado radical, su orientación sexual. De manera que convertir la orientación sexual en materia de elección es colonizar de libertad la existencia: ampliar la libertad. Y todo el que se oponga a eso no es más que un agente reaccionario y capcioso que quiere mantener la humanidad sometida a condición servil.

Impresionante. ¿Qué pasa si yo me convierto en autor de mi vida, en autor absoluto de mi vida como pretende Nietzsche? Pues pasa que no puedo compartir la condición de autor con nadie más porque si lo hago cedo libertad y me dejo colonizar por otro; así que ser libre es también y por lo mismo quedarme solo. Para empezar no tengo nada que ver con mis ascendientes, ni con mis descendientes, ni con mis coetáneos

porque si se acerca alguien a mí con las más remota pretensión de introducir la más remota autoría en mi existencia – véase: casarse conmigo, y pretender que eso implica deberes y derechos- me estoy enajenando, estoy siendo menos libre porque estoy dejando que otro me sustraiga mi condición de autor exclusivo y se convierta en coautor de mi existencia. Entonces, ¿Qué es lo mejor? Lo mejor es no perder la condición de autoría y, por tanto, no asumir ningún compromiso que enajene mi libertad. Toda determinación ha de ser revocable porque su revocabilidad es la manifestación de que yo mantengo mi propiedad, mi condición soberana de autor y puedo sacar de mi historia a quien sea y cuando sea. ¡Fascinante! La soledad se convierta así en el heroísmo trágico de la libertad: ser libre es también ser desgraciado. La felicidad es de esclavos.

Ahora bien, ese empeño antropológico contemporáneo incluye el peaje de una insuperable e invencible soledad. Además, ser el autor solitario de la propia historia tiene sus peligros. Sin los demás perdemos el sentido de la realidad, y nos hacemos el autor de una historia que nadie más podía compartir. Ese es el caso de Don Quijote. Y es que esa soledad es la locura; la locura de una historia que nadie más puede compartir. Para que la historia no sea una locura que nos deja solos hace falta que sea compartible, que sea habitable con otro y por otros. Más todavía: la plena realización humana de la condición personal, consiste en vivir una vida que es una historia conjunta: uno está tanto más vivo cuantos más coprotagonistas discurren por la vida y la historia que somos; los amigos, las personas que amamos y apreciamos, aquellas de las que dependemos y dependen de nosotros.

Cuando superamos la soledad que nos hace padecer y tenemos la experiencia de que nuestra vida está cumplida y en plenitud, eso quiere decir que esa historia está abarrotada de gente, que son muchos los que encuentran que esa existencia es una existencia con un sentido que les afecta y que comparten. Una historia que penetra y alcanza y de ahí que, propiamente hablando, no sea verdad que seamos una historia. Más bien, somos una conversación (la expresión es de Gadamer), un conjunto de historias cruzadas, y el protagonismo que tenemos respecto de nuestra vida es el protagonismo que tiene un conversador en medio de una conversación, un protagonismo compartido. Si me preguntan ¿quién soy? cuento una historia que en realidad es una conversación, un entrar en diálogo con mucha gente. Y por eso si os preguntan quienes sois y contáis una historia seréis incapaces de contar una historia sin involucrar y depender de muchos. Pero esos que necesariamente involucramos en nuestra historia, y sin la cual esa historia no se podría contar, no nos restan autoría sino que más bien componen la trama de relaciones en las que puedo ser quien soy, irreductible pero inseparable de los otros.

El concepto de persona es internamente contradictorio con el de soledad. No hay persona a solas, en sentido estricto, es decir, metafísicamente. Nuestro cuerpo es una historia que es un montón de conversaciones cruzadas. Nuestra identidad es una historia que es un montón de conversaciones cruzadas. Somos una historia, una conversación que alcanza un punto que se puede protagonizar; y esa conversación puede ser más o menos rica. Es tanto menos rica cuanto menos solitaria. Somos una historia capaz de protagonizarse, un viviente corpóreo que tiene un origen y sin embargo es en cierto modo original respecto de ese origen. Un tipo de realidad imposible en soledad. Pero si queremos saber quién somos en particular -además de contar las historias que nos constituyen y a las que no somos ajenos-, tenemos que emprender una conversación cuyo desenlace no está resuelto.

Gracias

Preguntas:

1. ¿Las personas que estamos solas, podemos acabar medio locas?

Yo no he hablado de que la soledad acaba en la locura, sino de la soledad que es una locura, que no es lo mismo. Por otra parte, ¿Qué quiere decir sola? ¿Soltera? Eso no implica una soledad en sentido estricto. ¿Tienes amigos? ¿Personas que dependen de ti?

Este asunto de la soledad a mí me parece que es la cuestión que distingue a las antropologías filosóficas postcristianas. Para el cristianismo, ni siquiera el Dios único está solo porque es uno y tres. La persona no alcanza la perfección cumplida en la soledad, así que la soledad no cabe en unicidad de Dios. La plenitud cumplida de la perfección personal es dialógica. Dios es una conversación. Literalmente, Logos, significa palabra, argumento. Dios es conversación, o de otra manera, es amor. Si uno está solo, es una situación antropológicamente hablando patológica. Pero esa no es la soledad de la soltería, de hecho puede darse en cualquier condición. Hay que no tener amigos, ni ascendientes y descendientes, que no se cruce nadie en tu existencia. Pero esa es la riqueza y la pobreza de la existencia humana. La riqueza y la pobreza de la existencia humana es cuando te preguntas ¿Cuánta gente cabe en mi historia? Cuánta gente es capaz de habitar mi historia, sintiendo que es protagonista de su propia existencia y que esa historia conjunta tiene sentido.

No creo que la soledad que tú identificas sea de la que estoy hablando. Aunque hay un tipo de soledad que es constitutivo de la persona y que no sólo no es mala, sino que es buena. Es el tipo de soledad que son incapaces de experimentar las personas frívolas por la que uno sabe que todas las relaciones que entablan no son suficientes en orden a dar la última palabra y responder cabalmente a la pregunta ¿Quién soy yo? Y que hace buscar a alguien y a algo que consuele esa soledad que está en el principio y que es originaria y que nadie puede colmar.

Los cristianos creemos que Dios quiere formar parte de esa conversación. Pero ciertamente, esa conversación puede o no incluir a Dios y las conversaciones están abiertas o cerradas, y uno puede llevar una existencia que tiene multitud de conversaciones abiertas -y sabes muy bien cuando tienes una conversación con un amigo que está abierta o cerrada- porque la has dejado en el olvido. Quedarse solo es dar todo al olvido. Nadie lo cuenta como Homero cuando habla en la Odisea de los comedores de Loto, porque los que han comido la flor de loto,- los placeres de meloso dulzor- no saben de dónde vienen, ni volver al barco, y proseguir su viaje. Se quedan allí olvidados de su historia y de su nombre.

2.) ¿Qué pasa en la resurrección de los cuerpos? Es una doctrina que dice que los cuerpos gloriosos son perfectos. En su orden y en su medida. Hay que entenderlo bien. Tiene su interés, por ejemplo, que el cuerpo glorioso de Cristo tenga las heridas de la crucifixión. Parece que en los cuerpos gloriosos puede haber heridas, pero sólo algunas: las gloriosas. A Cristo le reconoce Tomás por lo mismo que en la ficción de la Odisea reconocen a Ulises cuando vuelve a su casa. Nadie le reconoce salvo la anciana sirvienta que, limpiándole los pies y las piernas, le reconoce por una cicatriz de su infancia. Qué manera más lúcida de decir que a las personas se nos reconoce por nuestras cicatrices. Salvando las distancias, eso está también en el relato de la Resurrección: me ves y no te crees quien soy, toca mis heridas...

Creo que en el cuerpo glorioso hay cicatrices, las cicatrices que han compuesto nuestra historia gloriosa, que le han dado a nuestra historia el carácter de gloriosa. Así que no habrá imperfecciones pero eso no quiere decir que no sea nuestro cuerpo con su historia biográfica. Para que nuestro cuerpo sea el nuestro, y eso es tanto como para

que yo sea yo, no se le puede despojar de su historia y la de nuestros antecesores, resumida y perfecta en sus episodios gloriosos.

Hegel dice que las heridas del espíritu no dejan cicatriz. Se entiende lo que quiere decir: el espíritu se renueva desde su principio. Pero si somos una historia capaz de protagonizarse los quebrantos se pueden convertir en gloria pero no pueden desaparecer.

3) Siguiendo con el tema de los cuerpos. ¿Lo que le sucede a tu cuerpo, le sucede a tu alma? ¿No es difícil para las personas con minusvalías?

Las minusvalías físicas ponen al sujeto en situación difícil. Basta una minusvalía para apreciar que precisamente esa parte del cuerpo se ha cosificado, ha perdido la expresión de su condición personal. Parece, más bien que esa parte de su cuerpo se ha hecho ausencia. Y efectivamente ahí hay una ausencia porque el sujeto no puede protagonizar su propia corporalidad. Por supuesto que lo que le pasa al cuerpo humano es una crisis de la persona en su conjunto y pone al sujeto en una difícilísima tesitura y que hace falta una estructura de la personalidad muy robusta para sobreponerse sin daños. Pero eso no desmiente que las personas sean el cuerpo que son; más bien lo pone de manifiesto y manifiesta que esta existencia tiene naturaleza dramática. Pero eso que han padecido esas personas lo vamos a notar todos sin exclusión, porque eso es notar que el cuerpo enferma, que el cuerpo envejece. El declinar humano es una experiencia crítica y requiere un aprendizaje; y además como la vida tiene el desenlace que tiene no es de extrañar que las personas que tienen el tipo de existencia solitaria, decidan ahorrárselo. Más todavía, si soy dueño de mi vida, en tanto que soy autor, me podré hacer autor de todas las dimensiones de mi existencia menos de una y es que no me he dado la vida a mí mismo. Ahora bien, me la puedo quitar. Y así es como los suicidios pasan a ser tenidos por los actos de libertad genuina. Ahora los héroes de la libertad son los suicidas... El suicidio, la muerte dulce se plantea como un acto irrenunciable a un sujeto porque de otro modo se trata de un sujeto que no ha tomado posesión de su existencia, una existencia que le fue dada y de la que no ha tomado posesión libre, como autor.

4) Si es tan natural al hombre la conversación, ¿Por qué es tan natural al sujeto el egoísmo?

Voy a reformular la pregunta ¿Por qué preferimos cosas y las preferimos deicidamente aunque nos avergüencen? ¿Por qué no preferimos comparecer de una pieza enteros y sin fingimientos para los demás? ¿Por qué no preferimos comparecer de una pieza enteros y sin fingimientos para nosotros mismos? ¿Por qué hay algo que se nos resiste tozudamente y hace siempre que nuestras apariciones ante otros, ante nosotros mismos tengan siempre una sombra de potencial doblez?

La contestación no puede ser más que porque algo se ha roto. Debí pasar algo, que no me deja comparecer ni ante los demás ni ante mí mismo con una verdad completa, con una preferencia decida y completa por lo mejor. Nuestra existencia en este mundo incluye una sombra y esa sombra es constitutiva de nuestra identidad. No hace falta ser cristiano y creer en la doctrina del pecado original. Basta con tener la experiencia de que no conseguimos ser de una pieza, porque no somos una pieza, hay una fisura, porque hay fragmentación y ni siquiera respecto a lo mejor conseguimos ser internamente unánimes. Incluso cuando somos generosos y antepoemos al otro, hay algo dentro de mí a lo que le duele y no consigue que le deje de doler, y no se extingue. Por simultánea que haya sido la satisfacción de haber sido generoso, hay otra parte a la que le duele porque no somos de una pieza, porque estoy roto, porque hay algo roto en mi interior, en mi origen o en el de todos (si es que eso no sólo me ocurrió a mí).